

GRANADA Y SUS FESTIVALES DE MÚSICA Y DANZA ESPAÑOLAS

GRANADA. [Crónica de
nuestro crítico musical,
Antonio FERNÁNDEZ-

CID]. El primer Festival de Música y Danza con que Granada incorpora el nombre de España y su arte a la relación cada vez más extensa de países que ofrecen pruebas internacionales de esta índole, ha dado comienzo. De la mejor forma: con una fiesta que sólo nosotros podríamos ofrecer, y en la que los invitados y concurrentes al ciclo se adentraban por caminos de autenticidad suma en el mundo del cante y el baile con abolengo de siglos y frescor perenne. “Yo no soy de esta tierra y no conozco a nadie, el que haga un bien por mí, Dios se lo pague”, imploraba caliente, profunda, la “siguiriya”. Y toda Granada –Capitán General, Gobernadores Civil y Militar, Alcalde, jerarquías, figuras representativas, millares de asistentes de todos

*Saludo con “Siguiriyas”,
en la plaza de los aljibes*

los sectores— demostraban con su espontánea, inmediata cordialidad, que nadie habrá de sentirse extraño.

Una comida de gala en el Ayuntamiento, seguida de una fiesta nocturna en la plaza de los Aljibes, servía de introducción a estas jornadas tan prietas de buenas músicas. Como siempre, para la organización de un Festival cobra importancia máxima el marco, la “personalidad” del rincón elegido. Discúlpese al cronista la inmodestia de recordar que, hace más de dos años, en unas charlas pronunciadas en Granada, al regreso de las sesiones musicales de Aix-en-Provence, tan de verdad seductoras, se confesaba decidido partidario de la ciudad que ahora le convoca y que destacaba también, el verano último, en un “Intermezzo estival” publicado en ARRI-

BA, como punto adecuado para una empresa nada fácil en sus comienzos, mas de seguro éxito en un porvenir inmediato. Ahora pudo comprobarse la justicia de la selección acordada. Sólo el recinto de la plaza de los Aljibes, desnudo, limpio de otro espectáculo, deriva ya un atractivo difícilmente superable.

Propios y extraños acusaban en la noche inaugural su entusiasmo y sorpresa. Desde la Puerta de la Justicia, entrada del recinto, las iluminaciones más admirables –eficaces para el relieve, ponderadas en la cantidad y el color, escondido el origen con habilidad– resaltan mil aspectos, ya maravillosos de por sí. Un escenario exornado con motivos de rejas negras sobre un fondo azul que parece mantener el del cielo diurno –“que tu carita é un só bañaíto por la luna”– se apoya en las torres de la Alcazaba, cuyo perfil no se anula por ello. Frente a él, como fondo de la explanada que el público abarrota, la fachada del palacio de Carlos V destaca su grandeza, y escudos, medallones, frisos, ángulos, quedan delimitados por la iluminación perfecta, que en la Puerta

del Vino alcanza resultados inverosímiles. En el patio de Machuca, una fuente luminosa, entre grandes árboles, teje la música de fondo, que, en los momentos de silencio, se completa por el rumor del Darro y los ecos lejanos del Albaicín, que ofrece, iluminados también, algunos de sus puntos –“San Miguel, San Nicolás, San Bartolomé...”–. Luna y estrellas acuden a la cita. Macizos de flores rodean la escena, y en ella, cuarenta, cincuenta gitanos, se disponen a desplegar su muestrario infinito, siempre renovado, de bailes y coplas. El colorido de los trajes, la gama de múltiples lunares, sólo cabría parangonarla con la novedad constante de las palmas y los piropos, de los “oles” y las habilidades de Manolo Amaya, guitarrista que parece dormirse en la suerte –la cabeza muellemente abandonada en el instrumento– y es un águila. Aires gitanos y flamencos andaluces, cantos y bailes gitanos típicos granadinos, se ligan para satisfacer al público y a los mismos afanes de sus intérpretes. Y una vez es la voz bronca de la Gazpacha, y otra la donosura increíble de Gracita, una gitana blanca bellísima,

adolescente, con porvenir triunfal, y otra más el alarde temperamental de brazos de la "Pillina", o la maestría eficaz siempre de Lola Medina, o las alegrías de Farina y las granaínas de Barea, o el impetuoso, torrencial impulso del conjunto.

Quizá no todo alcance aquella pureza que don Manuel recababa para el concurso de cante jondo de 1922. Pero todo, hasta lo espectacular, tiene autenticidad, porque la mixtificación se apoya en fondos tradicionales, y la raza surge, se crece y estimula más y más a cada número.

La "arbolá", el "robao", la "cachucha", las "bulerías", la "mosca", se mezclan con farrucas, fandangos, soleares, siguiiriyas... Termina el programa oficial centrado en el escenario. Son cerca de las tres de la madrugada. Pero queda lo mejor: que la noche es joven y los artistas no conocen el cansancio. Tres, cuatro

tabladillos improvisados, en distintos rincones de la gran plaza se ocupan por dispersos elementos del espectáculo y rodean por centenares de "clientes". Entonces se canta y se baila sin orden, sin planes previstos, quizá con la ilusión exclusiva de que el grupito propio sepa arrastrar un mayor número de seguidores. A las cuatro siguen resonando las coplas, los "ayes", los "oles". Y críticos, melómanos venidos de muy lejos, formulan su promesa: convertirse en pregoneros de algo que les parece único, ser incitadores de que la representación de otros países, esta vez, la primera e inesperada, todavía escasa, tenga el relieve que nuestros festivales merecen si, como es de suponer, todo discurre por los caminos de calidad y atractivo deseables. Pero de ello habré de informarles, si Dios quiere, en sucesivas crónicas. Que la de hoy llegó a su punto final.